

CAPÍTULO XXXVI

El paraíso económico del París de 1840

Una hora después, Montes, Cydalisa y Carabina entraban en la calle de San Jorge, en el pequeño saloncito de ésta última. La licenciosa vió á la señora de Nourrison sentada junto al fuego en una poltrona.

—¡Cómo! ¿está aquí mi respetable tía?

—Sí, hija mía, soy yo que vengo á buscar en persona mi pequeña renta. Aunque tengas buen corazón, me olvidarías, y yo mañana tengo que pagar unas letras. Pero ¿á quién traes contigo? Este señor parece estar muy disgustado.

La horrible señora Nourrison, cuya metamorfosis era completa en aquel momento y que parecía ser una buena vieja, se levantó para abrazar á Carabina, una de las ciento y pico de muchachas que había lanzado á la horrible carrera del vicio.

—Sí, es un Otelo que no se engaña, y que tengo el honor de presentarte: el señor barón Montes de Montejanos.

—¡Oh! lo conozco por haber oído hablar de él; le llaman á usted Combabus porque no ama más que á una mujer, lo cual, en París, es como si no se amase á ninguna. ¿Se trata acaso de vuestro amor, de la señora Marneffe, la mujer de Crevel? Mire usted, querido señor, bendiga su suerte en lugar de maldecirla, porque esa mujer no vale nada, yo conozco sus mañas.

—¡Oh! tú no conoces á los brasileños—dijo Carabina, á quien la señora Nourrison acababa de entregar una carta al mismo tiempo que la abrazaba.—Son hombres que se dejan matar por cosas del corazón. Cuanto más celosos son, más quieren serlo. El señor habla de destruirlo todo y no destruirá nada, porque ama. En fin, traigo aquí al señor barón para darle las pruebas de su desgracia, pruebas que tengo yo gracias á Steimbock.

Montes estaba ebrio y escuchaba como si no se tratase de sí mismo. Carabina fué á quitarse el sombrero de terciopelo y leyó el facsímil de la siguiente esquela:

«Gatito mío, *él* se irá esta noche á comer á casa de Pinot y vendrá á buscarme á la Opera á eso de las once; yo

me iré á las cinco y media, y cuento hallarte en nuestro paraíso, donde encargarás que nos sirvan la comida. Vístete de modo que puedas acompañarme á la Opera. Podremos disponer de cuatro horas. Me devolverás estas cuatro letras, no porque tu Valeria desconfie de ti, pues ya sabes que te daría mi vida, mi honor y mi fortuna, sino porque temo los golpes del azar.»

—Ten, barón, ahí tienes la cartita que ha recibido esta mañana el conde de Steimbock. El original acaba de ser quemado.

Montes volvió y revolvió mil veces el papel, reconoció la letra y acabó por ver claro en el asunto, lo cual prueba que su cabeza no estaba tan trastornada.

—¿Qué interés tiene usted en desgarrarme el corazón, cuando ha comprado el derecho de tener en sus manos esta esquela para hacerla litografiar?—dijo mirando á Carabina.

—¡Gran imbécil!—dijo Carabina, obedeciendo á una seña de la señora Nourrison.—No ves á esta pobre Cydalisa, una niña de diez y seis años, que te ama con locura hace tres meses y que aun no ha podido obtener una mirada tuya? (Cydalisa se llevó el pañuelo á los ojos y empezó á llorar.) A pesar de su aire inocente, está furiosa al ver que el hombre por quien está loca es engañado por una tunanta; tan furiosa que mataría á Valeria.

—¡Oh! eso me toca á mí—dijo el brasileño.

—¿Matar tú?—dijo la Nourrison,—eso ya no se estila aquí.

—¡Oh!—repuso Montes—yo no soy de este país; yo vivo en un lugar en que me burlo de las leyes, y si ustedes me diesen pruebas...

—¡Hombre! ¿y no es nada esta etiqueta?

—No—dijo el brasileño,—yo no creo en la letra, quiero ver.

—¡Oh! ver—dijo Carabina, comprendiendo á las mil maravillas un nuevo gesto de su falsa tía.—Ya te harán ver, tigre mío, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Mire usted á Cydalisa.

A una seña de la señora Nourrison, Cydalisa miró cariñosamente al brasileño.

—¿La amarás, la harás feliz?—preguntó Carabina.—Una mujer tan hermosa bien merece un palacio y un coche, y se-

ría una monstruosidad que tuviese que ir á pie. Y la pobre tiene deudas. ¿Cuánto debes?—dijo Carabina dando un pellizco en el brazo á Cydalisa.

—Vale lo que vale—dijo la Nourrison;—basta con que haya quien la compre.

—Escuche usted—exclamó Montes fijándose, al fin, en aquella admirable obra maestra femenina.—¡Me harán ustedes ver á Valeria!

—Y al conde de Steimbock, ¡pardiez!—dijo la señora Nourrison.

Hacia diez minutos que la vieja observaba al brasileño, y como le viese en situación de servirle de instrumento y bastante ciego para no notarlo, intervino en el asunto, diciendo:

—Mi querido brasileño, Cydalisa es sobrina mía, y por consiguiente este asunto me concierne un poco. Todo esto es cuestión de diez minutos, porque una amiga mía es la que le alquila al conde el cuarto donde tu Valeria toma en este momento su café, un café muy extraño, pero ella le llama á aquello su café. Entendámonos, pues, Brasil; á mí me gusta el Brasil porque es un país cálido. ¿Cuál será la suerte de mi sobrina?

—¡Vieja estúpida!—dijo Montes—¿para qué me has interrumpido? Si tú me enseñas á Valeria junto á ese artista...

—Tan juntos como tú mismo quisieras estar—dijo Carabina.

—Yo tomo á esta normanda y me la llevo.

—¿Adónde?—preguntó Carabina.

—Al Brasil—respondió el barón;—me casaré con ella. Mi tío me dejó diez leguas de terreno invendible, y por eso poseo aún aquella propiedad. Entre negros, negras y negritos, tengo allí más de cien comprados por mi tío.

—¡El sobrino de un negrero!—dijo Carabina haciendo una mueca.—¡Pues no es nada, Cydalisa, hija mía! ¿Eres negrófila?

—Bueno, basta de chanza, Carabina, el señor y yo estamos hablando de negocios—dijo la Nourrison.

—Si yo vuelvo á querer á una francesa, la quiero toda mía, se lo advierto á usted, señorita—dijo el brasileño.—Yo soy un rey, pero no un rey constitucional, sino un czar que he comprado todos mis súbditos, y nadie sale de mi reino, que se halla á cien leguas de toda habitación, habitado por salvajes en el interior, y separado de la costa por un desierto tan grande como Francia.

—Prefero una buhardilla aquí—dijo Carabina.

—Eso es lo que yo pensaba—replicó el brasileño,—puesto que he vendido todas mis tierras y todo lo que poseo en Río Janeiro para venir á buscar á la señora Marneffe.

—Por algo se hace un viaje de esa índole—dijo la Nourrison,—pero de todos modos, usted tiene derecho á ser amado por sí mismo, siendo como es tan guapo; porque es muy guapo ¿verdad?—le dijo á Carabina.

—Muy guapo, más guapo que el postillón de Lonjumeau—respondió la libertina.

Cydalisa tomó la mano del brasileño, el cual se desembarazó de ella del mejor modo que pudo.

—Había venido á buscar á la señora Marneffe—repuso el brasileño continuando,—¿y no saben ustedes por qué invertí tres años en volver?

—No, salvaje—dijo Carabina.

—Me había dicho muchas veces que quería vivir sola conmigo en un desierto.

—Esto ya no es un salvaje—repuso Carabina,—sino que pertenece á las tribus de los tontos civilizados.

—Me lo había dicho tanto—repuso el barón, insensible á las burlas de la mundana,—que hice construir una casa deliciosa en el centro de aquella inmensa propiedad. Vine á Francia á buscar á Valeria, y la noche en que volví á verla me dijo que esperase la muerte de ese miserable Marneffe, y yo consentí perdonándole el que hubiese aceptado los homenajes de Hulot. No sé si el diablo se habrá puesto faldas, pero es lo cierto que desde aquel momento, esa mujer ha satisfecho todos mis caprichos y todas mis exigencias, y no me ha dado motivo para sospechar de ella un minuto.

—¡Tiene gracia la cosa!—dijo Carabina á la señora Nourrison.

Esta meneó la cabeza en señal de asentimiento.

—Mi fe en esa mujer es igual á mi amor—dijo Montes llorando.—Hace un momento, en la mesa, he estado á punto de abofetear á toda aquella gente.

—Ya lo he visto—dijo Carabina.

—Si me engaña, si se casa, si está en este momento en brazos de Steimbock, esa mujer merece mil muertes y la aplastaré como se aplasta á una mosca.

—¿Y los gendarmes, hijo mío?—dijo la señora Nourrison con una sonrisa de vieja que ponía carne de gallina.

—¿Y el comisario de policía, y los jueces y la audiencia, y todo lo que sigue?—dijo Carabina.

—Es usted muy tonto, amigo mío—dijo la Nourrison, que deseaba conocer todos los proyectos de venganza del brasileño.

—¡La mataré!—repitió éste friamente.—¡Ah! me habéis llamado salvaje; pero ¿creéis acaso que voy á imitar la estupidez de vuestros compatriotas, que van á comprar el veneno á las farmacias? Mientras que veníamos por el camino, yo he pensado mi venganza para el caso de que Valeria me engañe. Uno de mis negros lleva el más seguro de los venenos animales, una terrible enfermedad que vale más que el veneno vegetal, y que sólo se cura en el Brasil. Yo se la haré coger á Cydalisa y la cogeré yo también en unión de Crevel y de su mujer, y cuando la muerte esté en las venas de éstos, yo estaré más allá de los Azores con vuestra prima, que se curará y pasará á ser mi mujer. Nosotros, los salvajes, tenemos nuestros procedimientos. Cydalisa es la única cosa que me falta—dijo mirando á la normanda.—¿Cuánto debe?

—Cien mil francos—dijo Cydalisa.

—Habla poco, pero bien—dijo en voz baja Carabina á la señora Nourrison.

—¡Yo estoy loco!—exclamó el brasileño con voz ronca, dejándose caer sobre una otomana.—¡Me moriré!; pero quiero verlo, porque me parece imposible. ¿Quién me dice que no es obra de un falsificador una carta litografiada? ¡Amar el barón Hulot á Valeria!—dijo recordando las palabras de Josefa.—No, la prueba de que no la quiere es que la deja vivir. Si ella no es toda mía, no la dejaré vivir para nadie.

Causaba espanto el ver á Montes, y más espanto aún el oírle. Se enfurecía, se retorció, rompía todo lo que tocaba, y la madera de palisandro parecía vidrio.

—¡Vaya una manera de romper cosas!—dijo Carabina mirando á la Nourrison.

—Hijito mío,—añadió Carabina dando un golpecito en el hombro al brasileño.—Rolando el furioso está muy bien en un poema, pero en una habitación es prosaico y caro.

—Hijo mío—dijo la Nourrison levantándose y poniéndose delante del brasileño,—yo soy de tu religión. Cuando se ama de cierta manera hasta la muerte, la vida responde

del amor. El que se va se lo lleva todo. Cuenta con mi estimación, con mi admiración y con mi consentimiento, sobre todo por tu proceder, que me va á convertir en negrófila. Pero tú amas, recularás.

—¡Yo! Si ella es una infame, aseguro...

—Vamos, después de todo, hablas demasiado—repuso la Nourrison.—Un hombre que quiere vengarse y que se dice salvaje, obra de otro modo. Para ver al objeto de tu amor en su paraíso tienes que tomar á Cydalisa, fingir que entras en él por un error, pero sin armar escándalo. Si quieres vengarte no necesitas desesperarte ni hacer que tu amante sepa nada. ¿Estamos conformes?—dijo la señora Nourrison viendo al brasileño sorprendido ante tan sutil maquinación.

—Vamos, avéstruz, vamos, te comprendo.

—Adiós, hermosa mía—dijo la señora Nourrison á Carabina.

Y haciendo seña á Cydalisa de que se bajase con Montes, se quedó sola con Carabina para decirle:

—Ahora, nena mía, lo único que temo es que la estrangule, lo cual me pondría en un aprieto, porque no me convienen asuntos ruidosos. ¡Oh! yo creo que ya te has ganado tu cuadro de Rafael; pero aunque dicen que es un Mignard, no te importe, porque es mucho más bonito. Me han dicho que los Rafaeles estaban todos negros, mientras que este es lindo como un Girodet.

—Yo lo único que quiero es superar á Josefa, y me tiene sin cuidado que sea un Mignard ó un Rafael. ¡Lo que es esa ladrona, llevaba unas perlas que había para condenarse por tenerlas!

Cydalisa, Montes y la señora Nourrison subieron á un coche que estaba parado á la puerta de Carabina. La señora Nourrison indicó en voz baja al cochero una casa del barrio de los Italianos, adonde podían llegar en pocos instantes, pues desde la calle de San Jorge la distancia es de siete á ocho minutos; pero la señora Nourrison le ordenó que pasase por la calle Lapelletier, á fin de pasar revista á los coches allí estacionados.

—Brasileño—dijo la Nourrison,—á ver si ves por aquí los criados y el coche de tu ángel.

El barón señaló con el dedo el carruaje de Valeria en el momento en que pasaba por delante de él.

—Ha dicho á sus criados que viniesen á las diez, y ha ido

en un coche de alquiler á la casa en que está con el conde de Steimbock. Ha comido y vendrá á la Ópera dentro de media hora. ¡No está mal pensado!—dijo la señora Nourrison.—Eso te dará la explicación de cómo puede haberte engañado tanto tiempo.

El brasileño no respondió. Metamorfoseado en tigre, había recobrado la sangre fría imperturbable, tan admirable durante la comida. En fin, que estaba tranquilo como un quebrado al día siguiente de hacer balance.

A la puerta de la fatal casa estaba estacionado un coche con dos caballos.

—Quédate en el coche—dijo la señora Nourrison á Montes.—No se entra aquí como en una taberna. Ya vendrán á buscarte.

El paraíso de la señora de Marneffe y de Wenceslao no se parecía gran cosa á la casita Crevel, que éste había vendido al conde Máximo de Trilles. Aquel paraíso, el paraíso de mucha gente, consistía en un aposento retirado del cuarto piso, dando á la escalera, de una casa sita en el barrio de los Italianos. En cada piso de aquella casa, en cada descansillo, había un cuarto dispuesto antaño para servir de cocina á cada habitación; pero la casa se había convertido en una especie de posada que servía de refugio á los amores clandestinos á precios exorbitantes, y la señora Nourrison, que era la principal inquilina, había juzgado con razón que sus cocinas tendrían mucho más valor convirtiéndolas en especie de comedorcitos. Cada una de aquellas piezas, formadas de dos grandes paredes medianeras y con vistas á la calle, se hallaba completamente aislada; de modo que mientras se comía allí, se podía hablar de toda suerte de secretos sin temor á ser oído. Para mayor seguridad, las ventanas estaban provistas de persianas por fuera y de puertas por dentro. A causa de todas estas particularidades, aquellos cuartos costaban trescientos francos mensuales. Aquella casa, paraíso lleno de misterios, estaba alquilada por veinticuatro mil francos á la señora Nourrison I, la cual, un año con otro, ganaba veinte mil, después de pagar á su sustituta, á la señora Nourrison II, pues no la administraba por sí misma.

El paraíso alquilado al conde de Steimbock había sido alfombrado, pues la frialdad y la dureza de un pavimento formado con ladrillos rojos, no era agradable á los pies. El mobiliario consistía en dos bonitos sofás y una cama en una

alcoba medio oculta á la sazón por una mesa cargada con los restos de una comida, dos botellas de vino y una de *champagne*. Enviado sin duda por Valeria, se veían, además, allí, una mecedora, una otomana y una bonita cómoda con un espejo de cuerpo entero estilo Pompadour. En el techo una lámpara producía una semiclaridad aumentada por la que producían las bujías de la mesa y las de la chimenea.

Esta descripción pintará *urbi et orbe* el amor clandestino en las mezquinas proporciones que le imprime el París de 1840. ¡Ay de mí! ¡Cuán distante está del amor adúltero simbolizado por las redes de Vulcano hace tres mil años! En el momento en que Cydalisa y el barón subían, Valeria, de pie delante de la chimenea, donde ardía alguna leña, se hacía atar el corsé por Wenceslao. Este es el momento en que ofrece bellezas sobrenaturales la mujer que no es demasiado gruesa ni demasiado delgada, como le pasaba á la fría y elegante Valeria. La rosada carne solicita entonces una mirada de los ojos menos entusiastas. Las líneas del cuerpo, tan poco velado entonces, son acusadas con tanta fidelidad por los pliegues de las enaguas, que la mujer es irresistible como todo lo que uno se ve obligado á dejar. El rostro feliz y sonriente en el espejo, el pie que se impacienta, la mano que va reparando el desorden de los rizos del peinado, los ojos radiantes de agradecimiento y el fuego del contento que, cual una puesta de sol, se extiende á los menores detalles de la fisonomía, toda á aquella hora sirve de imperecedero recuerdo... A decir verdad, el que echando una mirada á los primeros errores de su vida recuerda algunos de estos deliciosos detalles, comprenderá las locuras de los Hulot y de los Crevel, sin excusarlas. Las mujeres conocen tan bien su poder en aquel momento, que siempre encuentran lo que puede llamarse el aperitivo para la segunda cita.

—Vamos, hombre, después de dos años no saber aún atar el corsé á una mujer. La verdad es que eres demasiado polaco. Mira, ya son las diez, Wenceslao—dijo Valeria riéndose.

En este momento una malvada sirvienta levantó diestramente con la hoja de un cuchillo la aldaba de la puerta que constituye la seguridad de Adán y Eva, abrió bruscamente la puerta, pues los inquilinos de aquel edén suelen disponer de poco tiempo, y descubrió uno de esos encantadores cuadros de género expuestos con tanta frecuencia por Gavarni.

—Aquí, señora—dijo la sirvienta.

Cydalisa entró, seguida del barón Montes.

—Pero ¡si hay gente!... Dispense usted, señora—dijo la normanda asustada.

—¡Cómo! ¡Si es Valeria!—exclamó Montes, cerrando violentamente la puerta.

La señora de Marneffe, en medio de una emoción demasiado viva para ser disimulada, se dejó caer en el sofá del rincón de la chimenea; dos lágrimas brotaron de sus ojos, secándose inmediatamente; miró á Montes, examinó á la normanda, y soltó una carcajada forzada. La dignidad de la mujer ofendida disimuló la incorrección de su estado, y encarándose con el brasileño, le miró de un modo que sus ojos brillaron como carbones, y después le dijo, señalando á Cydalisa:

—¿Esa fidelidad tiene usted? Usted que me ha hecho promesas capaces de convencer á un ateo en amor, usted por quien yo hacía tantas cosas y hasta tantos crímenes. Tiene usted razón, señor mío, yo no soy nada al lado de una muchacha de esa edad y de esa belleza. Ya sé lo que va usted á decirme—repuso señalando á Wenceslao, cuya facha era una prueba demasiado evidente para ser negada.—Esto es cosa mía. Si yo pudiese amarle, después de esta infame traición, porque usted me ha espiado y ha comprado á la dueña de la casa, á la criada y tal vez á Reina... ¡Oh! ¡Qué hermoso es todo esto! Si yo conservase un resto de amor por un hombre tan cobarde, le daría disculpas capaces de redoblar su amor. Pero, señor mío, le dejo á usted con todas sus dudas, que se convertirán en remordimientos... Wenceslao, mi bata.

Y esto diciendo, tomó su bata, se la puso, miró al espejo y acabó de vestirse tranquilamente sin mirar al brasileño, enteramente lo mismo que si estuviera sola.

—Wenceslao, ¿está usted listo? Vaya usted delante.

Por el espejo y de reojo Valeria había examinado la fisonomía de Montes, y vió en él y en su palidez un indicio de esa debilidad que hace que un hombre fuerte se fascine ante una mujer; y tomando al brasileño por la mano y acercándose á él para hacerle respirar esos terribles perfumes amados, que embriagan á un enamorado, le miró en actitud de reproche y le dijo:

—Le permito que vaya á contar esto al señor Crevel, el cual no le creerá nunca y será mi marido pasado mañana.

Yo le aseguro que le haré muy feliz. Adiós, y procure usted olvidarme.

—¡Ah! Valeria—exclamó Enrique Montes estrechándola entre sus brazos.

Valeria miró al barón y vió en él á su esclavo.

—¡Ah! Enrique, si siguieses amándome, dentro de dos años yo sería tu mujer; pero en este momento tu cara no me parece franca.

—Te juro que me han emborrachado, que unos malos amigos me han echado en brazos de esta mujer, y que todo esto es obra de la casualidad—dijo Montes.

—¿De modo que puedo aún perdonarte?—le dijo ella sonriéndose.

—Pero ¿te casarás con ese hombre?—preguntó el barón en medio de horrible ansiedad.

—¡Ochenta mil francos de renta!—dijo Valeria con entusiasmo semicómico.—Y Crevel me ama tanto que se morirá.

—¡Ah! te comprendo—dijo el brasileño.

—Bueno, dentro de algunos días nos entenderemos—dijo Valeria.

Y bajó triunfante.

—Ya no tengo escrúpulos—pensó el barón, que permaneció inmóvil algunos instantes.—Ahora lo veo todo. Esa mujer piensa servirse de su amor para desembarazarse de ese imbécil viejo como se desembarazó de Marneffe. Yo seré el instrumento de la cólera divina.

Dos días después, aquellos convidados de Tillet, que se complacían en criticar á la señora Marneffe, se hallaban sentados á su mesa, una hora después de haber cambiado ella de piel, trocando su nombre por el glorioso nombre de un alcalde de París. Esta ligereza de la lengua es una de las cosas más ordinarias de la vida parisiense. Valeria había tenido el placer de ver en la iglesia al barón brasileño, á quien Crevel invitó por fanfarronería. La presencia de Montes en el almuerzo no asombró á nadie, pues hacía mucho tiempo que todos aquellos hombres de talento estaban familiarizados con la cobardía del amor y con las transacciones del placer. La profunda melancolía de Steimbock, que empezaba á despreciar á aquella á quien había adorado, pareció ser de excelente gusto. El polaco parecía denotar de aquel modo que todo había acabado entre Valeria y él. Isabel fué á abrazar á

su querida señora Crevel, excusándose de asistir al almuerzo á causa del doloroso estado de salud de Adelina.

—No tengas cuidado—le dijo á Valeria al despedirse.—Te recibirán en su casa y tú los recibirás en la tuya. El solo hecho de haber dicho yo *doscientos mil francos* ha puesto á la baronesa á la muerte. ¡Oh! con esa historia los tienes cogidos, pero ¿me la contarás?

Un mes después de su matrimonio, Valeria estaba en su décima disputa con Steimbock, el cual le exigía explicaciones acerca de Enrique Montes, le recordaba la escena ocurrida en el paraíso, y no contento con dirigirle palabras de desprecio, la vigilaba de tal modo, que Valeria, entre los celos de Wenceslao y el amor de Crevel, no tenía un momento de libertad. Como no estaba ya á su lado Isabel, para que le diera admirables consejos, se enfadó de tal modo que llegó á reprochar duramente á Wenceslao el dinero que le había dado. El orgullo de Steimbock sufrió tanto con esto, que el polaco no volvió más al palacio Crevel, logrando así Valeria su objeto de alejar á Wenceslao durante algún tiempo para recobrar su libertad. Valeria esperó un viaje al campo que Crevel debía hacer con el conde Popinot, á fin de negociar la presentación de la señora Crevel, y de este modo pudo dar una cita al barón, con el cual deseaba tener una larga entrevista, con objeto de darle disculpas que habían de redoblar el amor del brasileño. La mañana misma de aquel día, Reina, juzgando su crimen por la gruesa suma recibida, quiso avisar á su ama, la cual, como es natural, le interesaba más que los desconocidos; pero, como había sido amenazada de volverla loca y encerrarla en la Salpetriere, en caso de indiscreción, sintió miedo y se limitó á decirle:

—La señora es ahora tan feliz, que no sé por qué sigue con ese brasileño. A mí no me gusta nada.

—Es verdad, Reina, y por eso quiero despedirle.

—¡Ah! señora, me alegro, porque me asusta ese moro. Yo le creo capaz de todo.

—¡Qué tonta eres! Por quien hay que temer es por él cuando está conmigo.

En este momento entró Isabel.

—Cabrita mía, hace ya mucho tiempo que no nos vemos, y yo soy muy desgraciada—le dijo Valeria.—Crevel me aburre y ya no estoy con Wenceslao, porque hemos reñido.

—Lo sé—respondió Isabel,—y por él vengo: Victorino

lo ha encontrado, á las cinco de la tarde, en el momento en que entraba en una fonda de á peseta, le ha hablado y lo ha traído á la calle de Luis el Grande. Hortensia, al ver á Wenceslao flaco, enfermo y mal vestido, le tendió la mano. Ya ves como me has hecho traición.

—Señora, aquí está don Enrique—fué á decir el ayuda de cámara al oído de Valeria.

—Isabel, déjame, mañana te lo explicaré todo.

Pero como veremos, á los pocos días Valeria no quedaría ya en disposición de contar nada á nadie.

CAPÍTULO XXXVII

Cumplimiento de las profecías hechas en tono de risa por Valeria

A fines del mes de mayo, la pensión del barón Hulot quedó completamente libre de toda carga, gracias á las entregas de dinero que Victorino había hecho sucesivamente al barón Nucingen. Sabido es que los semestres de las pensiones no se pagan á no ser mediante la presentación de la fe de vida, y como se ignoraba el paradero del barón Hulot, los semestres retenidos en favor de Vauvinet, permanecían acumulados en el Tesoro, siendo indispensable hallar al interesado para poder cobrar los atrasos. Gracias á los cuidados del doctor Bianchon, la baronesa había recobrado la salud. Mediante una carta, cuya ortografía hacía ver la colaboración del duque de Herouville, la buena Josefa contribuyó al completo restablecimiento de Adelina. He aquí lo que la cantante escribió á la baronesa, al cabo de cuarenta días de activas pesquisas:

«Señora baronesa: Hace dos meses, el señor Hulot vivía en la calle de los Bernardinos, en compañía de Elodia Charadin, la que se fué con él después de abandonar á la señorita Bijou; pero se ha marchado dejando todo lo que poseía, sin decir nada á nadie y sin que se pueda saber adónde ha ido. No por eso me he desanimado, y he puesto en su busca á un hombre que cree haberle encontrado en el bulevar Bourdon.

La pobre judía cumplirá la promesa hecha á la cristiana. Que el ángel ruegue por el demonio, como ha de ocurrir algún día en el cielo.

Con el mayor respeto, se repite siempre suya humilde servidora,

JOSEFA MIRAH.»

Como Victorino no oyese ya hablar de la terrible señora Nourrison, viese á su suegro casado, hubiese conquistado á su cuñado, no tuviese ningún disgusto con su nueva suegra y viese á su madre cada día mejor, se entregó á sus trabajos políticos y judiciales, arrastrado por la rápida corriente de la vida parisiense, donde los días parecen horas. Encargado de hacer el informe para el congreso, al final de una sesión, se vió obligado á pasar toda la noche trabajando. Habiendo entrado en su despacho á eso de las nueve, cuando esperaba que su criado le llevase las luces, pensaba en su padre, se reprochaba el que la cantante se ocupase en su busca, y se proponía ver al señor Chapuzot el día siguiente respecto á este punto, cuando vió aparecer en su ventana, al resplandor del crepúsculo, una sublime cabeza de anciano, de cráneo amarillo, cubierta de cabellos blancos.

—Mi querido señor, dé orden de que le permitan entrar en su casa á un pobre ermitaño llegado del desierto y encargado de postular para la construcción de un santo asilo.

Esta visión, que recordó de pronto al abogado la profecía hecha por la terrible Nourrison, le hizo temblar.

—Dígale usted á ese anciano que entre—ordenó á su ayuda de cámara.

—Va á apestar el despacho del señor, porque lleva un sayal que no se lo ha mudado desde que fué á la Siria, y además va sin camisa.

—Haga usted entrar á ese anciano—repitió el abogado.

El anciano entró, Victorino examinó con desconfianza á aquel fingido peregrino, y vió en él un soberbio modelo de aquellos monjes napolitanos, cuyos sayales son hermanos de los andrajos del lazaroné y cuyas sandalias son guñapos de cuero, como el monje mismo es un guñapo humano. Aquella figura parecía tan auténtica, que, aunque seguía desconfiando, el abogado lamentó el haber creído en los sortilegios de la señora Nourrison.

—¿Qué me pide usted?

—Lo que usted crea que debe darme.

Victorino tomó una moneda de cinco francos y se la tendió al extranjero.

—Esto es muy poco á cuenta de cincuenta mil francos—dijo el mendigo del desierto.

Esta frase disipó todas las incertidumbres de Victorino.

—¿Ya ha cumplido el cielo sus promesas?—dijo el abogado frunciendo las cejas.

—La duda es una ofensa, hijo mío—replicó el solitario.—Si no quiere usted pagar hasta que se hayan celebrado las pompas fúnebres, está usted en su derecho; volveré dentro de ocho días.

—¡Las pompas fúnebres!—exclamó el abogado levantándose.

—Así se ha tratado, y la muerte viene con rapidez en París—dijo el anciano retirándose.

Cuando Hulot, que bajó la cabeza, quiso responder, el ágil anciano había desaparecido.

—No entiendo una palabra—se dijo el abogado para sus adentros,—pero de todos modos, si dentro de ocho días no aparece mi padre, le daré el encargo de buscarlo. ¿De dónde sacará la señora Nourrison semejantes santones?

Al día siguiente, el doctor Bianchon le permitió á la baronesa bajar al jardín, después de haber examinado á Isabel, la cual guardaba cama hacía un mes, á causa de una ligera enfermedad de los bronquios. El sabio doctor, que no se atrevió á decir nada acerca de Isabel antes de haber observado los síntomas decisivos, acompañó á la baronesa al jardín, para ver el efecto que producía el aire libre, después de dos meses de reclusión, en el temblor nervioso que se proponía curar y que tanto intrigaba al famoso médico. Al ver que aquella eminencia se sentaba y les concedía algunos instantes, la baronesa y sus hijos tuvieron con él una conversación.

—Hace usted una vida muy laboriosa y muy triste—le dijo la baronesa.—Yo ya sé lo que es emplear los días en ver miserias ó dolores físicos.

—Señora—respondió el médico,—ignoro los espectáculos que la caridad le obliga á contemplar; pero á la larga se acostumbrará á ellos, como nos acostumbramos nosotros. Tal es la ley social. El confesor, el magistrado, el abogado, no podrían vivir si el espíritu de profesión no encalleciese el

corazón del hombre. ¿Cómo vivir si no fuese por este fenómeno? En tiempo de guerra ¿no presencia el militar espectáculos mucho más crueles que los nuestros? Y todos los militares que han entrado en fuego son buenos. Nosotros tenemos el placer de realizar una cura como ustedes tienen el goce de salvar una familia del hambre, de la depravación ó de la miseria, devolviéndola al trabajo y á la vida social; pero ¿cómo se consuelan el magistrado, el comisario de policía y el abogado, que se pasan la vida escudriñando las combinaciones más infames del interés, ese monstruo social, que no se arrepentirá nunca? La mitad de la sociedad pasa la vida observando á la otra. Hace ya tiempo que yo tengo un amigo procurador, retirado ahora, que me decía que de quince años acá, los notarios y los procuradores desconfían tanto de sus clientes como de los adversarios de sus clientes. Su señor hijo, el abogado, ¿no se ha visto nunca comprometido por aquel cuya defensa hacía?

—Ya lo creo—dijo Victorino sonriéndose.

—¿De dónde proviene ese profundo mal?—preguntó la baronesa.

—De la falta de religión y de la invasión del amor al dinero, que no es otra cosa que el egoísmo solidificado—respondió el médico.—Antaño, el dinero no lo era todo y había cosas superiores á él: había la nobleza, el talento, los servicios prestados al Estado; pero hoy, la ley lo convierte en peldaño general, en base de la capacidad política. Ciertos magistrados no son elegibles. Por ejemplo, Juan Jacobo Rousseau no sería elegible. Las herencias perpetuamente divididas, le obligan á uno á pensar en sí desde la edad de veinte años. Ahora bien, entre la necesidad de hacer fortuna y la depravación de las combinaciones, no hay obstáculo, pues el sentimiento religioso falta en Francia, á pesar de los laudables esfuerzos de los que intentan una restauración católica. Esto es lo que dicen todos los que como yo contemplan la sociedad en sus entrañas.

—¿De qué pocos placeres disfrutará usted!—dijo Hortensia.

—El verdadero médico se apasiona por la ciencia y lo soporta todo, convencido de su utilidad social—respondió Bianchon.—Mire usted, en este momento siento un goce científico, y muchas gentes superficiales me tomarían por un hombre sin corazón. Mañana le voy á anunciar á la Acade-

mía un encuentro. En este momento estoy observando una enfermedad perdida, una enfermedad mortal, contra la cual somos impotentes y que sólo se cura en los países cálidos y en las Indias. Una enfermedad que reinaba en la Edad media. Crean ustedes que es hermosa la lucha del médico contra semejante enemigo. Hace diez días que pienso á todas horas en mis enfermos, pues son dos: la mujer y el marido. ¿No están ustedes emparentados con él? porque, si no estoy equivocado, señora, usted es hija del señor Crevel—añadió dirigiéndose á Celestina.

—¿Cómo! ¿es mi padre á quien se refiere?—dijo Celestina.

—¿Viven en la calle Barbet de Jouy?

—Allí mismo—respondió Bianchon.

—¿Y es mortal la enfermedad?—dijo Victorino asustado.

—Yo me voy á casa de mi padre—exclamó Celestina levantándose.

—Señora, se lo prohíbo á usted terminantemente—dijo tranquilamente Bianchon,—esa enfermedad es contagiosa.

—Bien va usted, señor—replicó la joven.—¿Cree usted acaso que los deberes de la hija no son superiores á los del médico?

—Señora, un médico sabe cómo preservarse del contagio, y su irreflexión me prueba que no tendría usted la prudencia que yo tengo.

Celestina se levantó, se fué á su cuarto y se vistió para salir.

—Caballero, ¿espera usted salvar á los señores Crevel?—dijo Victorino á Bianchon.

—Lo espero y no lo espero—respondió Bianchon.—El hecho es inexplicable para mí. Esta enfermedad sólo es propia de los negros y de las hordas americanas, cuyo sistema cutáneo difiere del de las razas blancas. Yo no puedo establecer ninguna relación entre los negros y los cobrizos con los señores Crevel. Por otra parte, si la enfermedad es hermosa para nosotros, es horrible para todo el mundo. La pobre joven, que, según dicen, era muy bonita, está bien castigada por donde ha pecado, pues su fealdad es horrible, se le caen los dientes y el pelo, tiene el aspecto de los leprosos y se causa horror á sí misma. Las manos, que causan espanto, están hinchadas y cubiertas de pústulas verdosas, las uñas se le mueven y se le quedan en las llagas al rascarse; en una palabra, que todas las extremidades se le pudren.

—Pero ¿cuál es la causa de todos esos desórdenes?—preguntó el abogado.

—¡Oh!—dijo Bianchon—la causa es una alteración repentina de la sangre, que se descompone con espantosa rapidez. Yo espero atacarla, y al efecto, he mandado analizar la sangre á mi amigo el químico Duval, y voy ahora á verle para tomar una de esas decisiones que nosotros adoptamos á veces contra la muerte.

—Yo veo en eso la mano de Dios—dijo la baronesa con voz emocionada.—Aunque esa mujer me haya causado males que me han movido á impetrar la justicia divina contra ella, deseo, no obstante, que usted logre su curación, señor doctor.

Hulot hijo sentía vértigos, se consideraba un asesino y miraba alternativamente á su madre, á su hermana y al doctor, temiendo que adivinasen sus pensamientos. Hortensia encontraba á Dios muy justo. Celestina se presentó para rogar á su marido que la acompañase.

—Señores, si van ustedes allá, por toda precaución permanezcan á un metro de distancia del lecho de los enfermos. Ni uno ni otro deben abrazar al moribundo. Señor Hulot, acompañe usted á su señora para que cumpla mis recomendaciones.

Adelina y Hortensia, que habían quedado solas, fueron á hacer compañía á Isabel. El odio de Hortensia contra Valeria era tan violento, que aquélla no pudo contener su explosión, y al llegar junto á su prima, exclamó:

—Prima, mi madre y yo estamos vengadas. Esa venenosa criatura ha debido morderse y se está descomponiendo.

—Hortensia, en este momento no eres cristiana—dijo la baronesa.—Deberías rogar á Dios que inspirase arrepentimiento á esa desgraciada.

—¿Qué dicen ustedes?—exclamó Bel levantándose de su silla.—¿Hablan de Valeria?

—Sí—respondió Adelina.—Está condenada y va á morir de una enfermedad tan horrible que su sola descripción hace temblar.

Los dientes de la prima Bel castañetearon, un sudor frío invadió todo su cuerpo, y una profunda sacudida reveló la honda amistad que le unía con Valeria.

—Me voy allá—dijo la solterona.

—Pero, ¡si el doctor te ha prohibido salir!

—No importa, me voy. ¡En qué estado debe estar ese pobre Crevel, que tanto quiere á su mujer!

—También se está muriendo—replicó la condesa de Steimbock—¡ah! todos nuestros enemigos están en manos del diablo.

—¡De Dios!... hija mía...

Isabel se vistió, tomó su famosa cachemira amarilla, su capote de terciopelo negro, se puso los zapatos y, sorda á los consejos de Adelina y de Hortensia, salió como empujada por una fuerza despótica. Llegada á la calle de Barbet algunos instantes después que los señores Hulot, Isabel encontró al doctor Bianchon con siete médicos que él había llevado para observar aquel caso único. De pie en el salón, aquellos señores discutían acerca de la enfermedad, la observaban yendo del cuarto de Crevel al de Valeria, y volvían con un nuevo argumento basado en aquella observación.

Dos graves opiniones imperaban entre aquellos príncipes de la ciencia. Uno de ellos, único en su opinión, creía en un envenenamiento y hablaba de alguna venganza, negando que aquella enfermedad fuese la misma que había existido en la Edad media. Otros tres lo achacaban todo á descomposición de la linfa y de los humores. La otra opinión, la de Bianchon, afirmaba que aquella enfermedad era causada por un vicio de la sangre causado por un principio desconocido. Bianchon llevaba el resultado del análisis de la sangre hecho por el profesor Duval. Los medios curativos, aunque desesperados y completamente empíricos, dependían de la solución de este problema médico.

Isabel quedó petrificada, á tres pasos del lecho en que moría Valeria, al ver á un vicario de la iglesia de Santo Tomás á la cabecera de la cama de su amiga, y á una hermana de la caridad cuidándola. La religión veía un alma á salvar en aquel montón de podredumbre que de los cinco sentidos de la criatura sólo conservaba la vista. La hermana de la caridad, que era la única que había venido á cuidar á Valeria, se mantenía á cierta distancia. De esta suerte, la Iglesia católica, ese cuerpo divino, animado siempre por la imposición del sacrificio en todo, asistía bajo su doble forma de espíritu y de carne á aquella infame é infecta moribunda, prodigándole su mansedumbre infinita y sus inagotables tesoros de misericordia. Los criados, asustados, se negaban á entrar en el cuarto de los señores, no pensaban más que

en sí y juzgaban á sus amos justamente castigados. La infección era tan grande que, á pesar de estar abiertas las ventanas y haber empleado los perfumes más penetrantes, nadie podía permanecer en el cuarto de Valeria mucho tiempo. Sólo la religión se mantenía allí. Y ¿cómo una mujer de tanto talento como Valeria no había de comprender el interés porque permanecían allí aquellos dos representantes de la Iglesia? La moribunda había escuchado la voz del sacerdote, y el arrepentimiento de su alma era proporcionado á los estragos que la devoradora enfermedad hacía en su cuerpo. La delicada Valeria había ofrecido menos resistencia que Crevel á la enfermedad, y debía de morir primero, sin contar que había sido la primera atacada.

—Si no hubiese estado enferma, hubiera venido á verte—dijo al fin Isabel, cambiando una mirada con su amiga.—Hace quince ó veinte días que no salía de mi cuarto; pero al saber tu situación por el doctor, he acudido.

—¡Pobre Isabel! Ya veo que tú sigues queriéndome—dijo Valeria.—Escucha, no me quedan más que uno ó dos días de vida. ¿Lo ves? ya no tengo cuerpo, soy un montón de basura; pero en fin, sólo tengo lo que merezco. ¡Ah! ¿cuánto quisiera reparar todo el mal que he hecho!

—¡Oh!—dijo Isabel—si hablas de ese modo, estás bien muerta.

—No impida usted que esa mujer se arrepienta, y déjela en medio de sus pensamientos cristianos—dijo el sacerdote.

—Nada—dijo Isabel asombrada.—Ya no son sus mismos ojos ni su boca. No le queda ni una facción suya. Hasta el espíritu ha desaparecido. ¡Oh! ¡esto es espantoso!

—Tú no sabes lo que es la muerte—repuso Valeria,—lo que es pensar continuamente en la otra vida y en lo que se encontrará en el ataúd: gusanos para el cuerpo; pero ¿qué pasa al alma? ¡Ah! Isabel, yo siento que hay otra vida y me aqueja un terror que me impide sentir los dolores de mi carne descompuesta... Yo que le decía en tono de risa á Crevel, burlándome de una santa, que la venganza de Dios se presentaba bajo la forma de la desgracia, era profeta. No juegues con las cosas sagradas, Isabel, y si me quieres, imítame, arrepíentete.

—¿Yo?—dijo la lorenese.—Veo la venganza en todos los objetos de la naturaleza. Los insectos perecen por satisfacer la necesidad de venganza cuando les atacan, y esos señores

—dijo señalando al sacerdote—¿no nos dicen que Dios se venga y que su venganza dura una eternidad?

El sacerdote dirigió á Isabel una mirada llena de dulzura, y le dijo:

—Señora, usted es atea.

—¿No ves el estado en que me encuentro?—dijo Valeria.

—¿Y de dónde te proviene esa gangrena?—preguntó la solterona sin abandonar su incredulidad de aldeana.

—¡Oh! he recibido una carta de Enrique que no me deja duda alguna acerca de mi suerte. El me ha matado. ¡Morir en el momento en que quería vivir honradamente, y morir siendo objeto de horror! Isabel, abandona toda idea de venganza. Sé buena para esa familia, á quien yo he dejado ya todo lo que la ley me permite. Anda, hija mía, aunque tú seas hoy el único ser que no se aleja de mí con horror, te lo suplico, véte, déjame, pues sólo me queda tiempo para entregarme á Dios.

—Está delirando—se dijo Isabel en el umbral de la puerta.

El sentimiento más violento que se conoce, la amistad de una mujer por otra mujer, no tuvo la heroica constancia de la Iglesia. Isabel, sofocada por los miasmas deletéreos, abandonó el cuarto, y entonces vió que los médicos continuaban discutiendo; pero la opinión más aceptada era la de Bianchon, y ya sólo se discutía acerca del modo de realizar la experiencia.

—Siempre será una magnífica autopsia—decía uno de los médicos,—y tendremos dos ejemplares para poder establecer comparaciones.

Isabel acompañó á Bianchon, el cual, yendo á la cabecera de la enferma, cual si no notase la fetidez que exhalaba, le dijo:

—Señora, vamos á probar en usted una medicación poderosa que puede salvarla.

—Y si me salvan ustedes ¿estaré hermosa como antes?

—Tal vez—dijo el sabio médico.

—Ya conozco lo que es el *tal vez* de ustedes—dijo Valeria.—Me quedaré como esas mujeres que se han quemado la cara. Déjeme por completo entregada á la Iglesia. Ahora, ya sólo puedo adorar á Dios. Voy á intentar reconciliarme con él, y esta será mi última coquetería.

—Esa es la última frase de mi pobre Valeria, la reconozco en ella—dijo Isabel llorando.

La lorenesa creyó que debía pasar al cuarto de Crevel, y al hacerlo, halló allí á Victorino y á su mujer sentados á tres pies de distancia de la cama del pestífero.

—Isabel—dijo el enfermo,—me ocultan el estado en que se halla mi mujer, y tú acabas de verla; ¿qué tal va?

—Está mejor, y se dice salvada—respondió Isabel para tranquilizar al enfermo.

—¡Ah! bueno—repuso el alcalde, porque temía ser la causa de su enfermedad,—no en vano se ha sido viajante de perfumería. Yo me hago reproches, y si la perdiese ¿qué sería de mí? Hijos míos, palabra de honor que adoro á esa mujer.

—¡Oh! papá—dijo Celestina, si se pone usted bueno, hago voto de recibir á mi suegra.

—¡Pobre Celestinita!—repuso Crevel—ven á abrazarme.

Victorino detuvo á su mujer cuando ésta iba á cumplir los deseos de su padre.

—Señor, ¿ignora usted que su enfermedad es contagiosa?—dijo el abogado con amabilidad.

—Es cierto—respondió Crevel.—Los médicos celebran haber encontrado en mí no sé qué peste de la Edad media que se había perdido, y yo he sido ya varias veces objeto de discusiones en las facultades. ¡Qué cosa más rara!

—Papá—dijo Celestina,—sea usted valeroso y triunfará de esa enfermedad.

—No tengáis cuidado, hijos míos, porque la muerte se mira dos veces antes de herir á un alcalde de París—dijo con una sangre fría cómica.—Además, si mi distrito es tan desgraciado que haya de perder al hombre á quien ha honrado dos veces con sus sufragios, no creáis que yo me asuste. ¿Véis cómo me expreso con facilidad? Además, yo he sido viajante y estoy acostumbrado á las partidas. ¡Ah! hijos míos, yo soy un hombre de carácter.

—Papá, prométame usted que recibirá á la Iglesia.

—¡Nunca!—respondió Crevel.—¿Qué queréis? A mí me ha amamantado la revolución, y aunque no tengo el espíritu del barón de Holbach, tengo su misma fuerza de voluntad. ¡Pardiez! yo soy más regencia que nunca. Mi pobre mujer, que pierde la cabeza, acaba de enviarme á un hombre con sotana, á mí, al admirador de Beranger, al amigo de Liseth, al hijo de Voltaire y de Rousseau. Para tentarme, para saber si la enfermedad me abatía, el médico me ha dicho si había

visto al señor cura, y yo, imitando al gran Montesquieu, le dije que sí.

Hulot hijo contemplaba tristemente á su suegro, preguntándose si la estupidez y la vanidad no poseían una fuerza igual á la de las verdaderas grandes almas. Las causas que ponen en movimiento los desórdenes del alma, parecen ser completamente extrañas á los resultados. ¿Será acaso igual la fuerza que despliega un gran criminal á aquella que causa orgullo á un Champcenetz yendo al suplicio?

A fines de la semana, la señora Crevel estaba enterrada, después de inauditos sufrimientos, y Crevel no tardó más que dos días en seguir á su mujer; de modo que los efectos del contrato de matrimonio quedaron anulados, y Crevel heredó á Valeria.

El día siguiente mismo del entierro, el abogado volvió á ver al monje y le recibió sin decirle palabra. El monje tendió silenciosamente la mano, y silenciosamente también, Victorino le entregó ochenta billetes de á mil francos, tomados de la suma que se encontró en el secreter de Crevel. La señora Hulot heredó la tierra de Presles y treinta mil francos de renta. La señora Crevel, había legado trescientos mil francos al barón Hulot. A su mayor edad, el escrofuloso Estanislao debía recibir el palacio Crevel y veinticuatro mil francos de renta.

CAPÍTULO XXXVIII

La vuelta del padre pródigo

Entre las numerosas y sublimes asociaciones instituidas en París por la sociedad católica, existe una fundada por la señora de la Chanterie, cuyo objeto es casar civil y religiosamente á las gentes de pueblo que se han unido de buena voluntad. Los legisladores, que sólo se preocupan de los productos del registro, y la burguesía reinante, que sólo se preocupa de los honorarios del notario, fingen ignorar que las tres cuartas partes de las gentes del pueblo no pueden pagar quince francos por su contrato de matrimonio. El colegio de notarios está en esto por debajo del colegio de procuradores de París. Los procuradores de París, clase bas-